



**Artículo:** Fanny Calderón de la Barca y su percepción romántica de México

**Autor(es):** Ramírez Rodríguez, Rodolfo

**Revista:** Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

**Número:** 88

**Año:** 2010

**ISSN edición impresa:** 0187-182X

**ISSN de pdf:** [en trámite]

**Forma sugerida de citar:** Ramírez Rodríguez, Rodolfo. "Fanny Calderón de la Barca y su percepción romántica de México" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 88 (2010): p. 3-21. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3554>

---

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

**Entidad editora:** Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

**Correo electrónico:** [departamento.editorial@historicas.unam.mx](mailto:departamento.editorial@historicas.unam.mx)

---

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: [departamento.editorial@historicas.unam.mx](mailto:departamento.editorial@historicas.unam.mx)

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
  - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
  - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
- 



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



REPOSITORIO  
INSTITUCIONAL  
HISTÓRICAS  
UNAM

## Fanny Calderón de la Barca y su percepción romántica de México

Rodolfo Ramírez Rodríguez

Facultad de Filosofía y Letras,  
Universidad Nacional Autónoma de México

---

### Introducción

La historiografía sobre extranjeros en México, así como sobre la literatura viajera, ha sido objeto de diversos tipos de aproximación desde una obra pionera como *México en la conciencia anglosajona* (1955-1957), de Juan A. Ortega y Medina. A partir de entonces se ha examinado la manera en que las “miradas ajenas” han tratado de definir a México, sea en su calidad de Estado o bien en sus características sociales, económicas y culturales.<sup>1</sup> Varios estudiosos han recurrido a la literatura viajera para acercarse a los procesos históricos de la nación mexicana. Algunas de las temáticas más frecuentemente tratadas han sido la cuestión indígena en el proceso de formación nacional, la inmigración de europeos en el siglo XIX, la conformación de un Estado-nación con intervención de diplomáticos enviados por las “grandes naciones” y el aporte de extranjeros en la litografía y las bellas artes. Sin embargo, algunos aspectos culturales han cobrado también importancia en fechas recientes, sin que se les vea ya como temas menores de la historia, según pasaba antes: las costumbres nacionales, la vida cotidiana y la percepción de lo popular en los países visitados. Estos temas estuvieron siempre presentes en las obras de los viajeros, de ahí que el estudio de éstas reporte gran utilidad en dicho campo.

En el siglo XIX, el reconocimiento de las nuevas naciones del mundo moderno trajo consigo no sólo su incorporación al “concierto de las naciones”, sino el interés por indagar sobre las oportunidades por ellas abiertas en cuanto a actividades empresariales y la explotación de sus recursos, para lo que se requería información sobre las condiciones naturales del país en cuestión, sus aspectos sociales, su tipo de gobierno y política, etcétera. Todo esto venía impulsado, desde luego, por la expansión del capital, el conocimiento científico y tecnológico, y también por la aparición de un contexto mundial donde la herencia de la

---

<sup>1</sup> Algunos estudios han sido: Jorge Silva, *Viajeros franceses en México* (1946), Margo Glantz, *Viajes en México. Crónicas extranjeras* (1964), Brigitte de Lameiras, *Indios de México y viajeros extranjeros* (1973), Brígida von Mentz, *México en el siglo XIX visto por los alemanes* (1980), Juan A. Ortega y Medina, *Zaguán abierto al México republicano* (1987), José Iturriga de la Fuente, *Anecdotario de viajeros extranjeros en México, siglos XVI-XIX*.

---

Ilustración y el romanticismo influía al definir, criticar y “apropiarse” de las distintas partes del planeta.

Aquí es donde se presenta el caso de una viajera extranjera que participó en la construcción de la idea del México independiente, no sólo por sus descripciones sociales y políticas, que nos adentran en una época compleja en todos los sentidos, sino también por su encuentro con la historia de nuestra nación, que dará lugar a un involucramiento romántico digno de ser resaltado. Cabe recordar un aspecto más: que el conocimiento de la historia también significa una forma de poder o control sobre el pueblo descrito, de lo cual tenemos ejemplos en las cartas de los viajeros.

### *La viajera de Escocia*

Frances Erskine Inglis, nacida en Edimburgo, Escocia, el 23 de diciembre de 1804, fue una de las pocas viajeras extranjeras en el México independiente de la primera mitad del siglo XIX y también una de las pocas escritoras que realizó una crítica sobre la situación social y el carácter del pueblo mexicano hacia finales de la segunda década de vida independiente.

En 1830, a la muerte de su padre, Frances emigró junto con su familia a Boston, Estados Unidos, donde estableció una escuela de enseñanza para señoritas. En la vida social de esta ciudad pudo conocer a intelectuales como George Ticknor y William Hickling Prescott. Durante una de las veladas a que asistía le fue presentado Ángel Calderón de la Barca, en 1838, quien en esa época fungía como ministro plenipotenciario de España frente al gobierno de Washington.<sup>2</sup>

En septiembre de ese mismo año, Frances contrajo matrimonio con Calderón de la Barca en Nueva York, cuando él pasaba de los cuarenta y ocho años de edad y ella tenía treinta y tres.<sup>3</sup> En 1839 él fue nombrado primer ministro plenipotenciario de España en México, por lo que el 27 de octubre de ese año salió el matrimonio del puerto de Nueva York hacia Veracruz, hizo escala en La Habana y llegó el 18 de diciembre a nuestro país, donde permaneció por más de dos años, hasta el 18 de enero de 1841, cuando partió de nuevo al extranjero desde Tampico.

Tras su permanencia en México, los esposos Calderón de la Barca se establecieron en Madrid hasta que, en 1844, don Ángel fue nombrado nuevamente embajador en Washington. En 1853 Calderón fue llamado a España a ocupar la cartera de Estado en el gabinete de Francisco Lersundi, con confirmación del

---

<sup>2</sup> María Bono López, “Frances Erskine Inglis Calderón de la Barca y el mundo indígena mexicano”, en Manuel Ferrer Muñoz (coord.), *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: un Estado-Nación o un mosaico pluricultural?*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2002, p. 155.

<sup>3</sup> Las edades se consultaron en Howard T. Fisher y Marion Hall Fisher, “Introduction”, *Life in Mexico. The letters of Fanny Calderón de la Barca with new material from the author's private journals*, editada y anotada por Howard T. Fisher y Marion Hall Fisher, Nueva York, Anchor Books, 1970, p. XXV.

---

conde de San Luis. La caída del ministerio de este último dio lugar a una huida forzosa y encubierta. Fue la época en que Frances escribió una obra titulada *The attaché in Madrid, or sketches of the Court of Isabella II*, describiendo su exilio de Francia, publicada en Nueva York en 1856.<sup>4</sup>

Después de muchos vaivenes políticos y del regreso del exilio (1858), Ángel Calderón de la Barca murió en San Sebastián en 1861. Frances de Calderón se retiró entonces a un convento en Anglet, cerca de Biarritz, pero fue requerida por la reina Isabel II para encargarse de la educación de la infanta Isabel Francisca de Borbón. A partir de entonces su suerte quedaría ligada a la de la familia real, compartiendo su destierro y la posterior restauración de la monarquía española en 1874. En 1876 el rey Alfonso XII le concedió el título de marquesa por sus servicios a la casa real de España.<sup>5</sup> El 6 de febrero de 1882 murió en sus aposentos del palacio de Madrid, a los setenta y siete años de edad.

### *La obra Life in Mexico*

La intensa comunicación epistolar de Fanny con su madre y su familia abarcó desde su casamiento hasta 1847. Parte de las misivas, escritas entre el 27 de agosto de 1839 y el 29 de abril de 1842, sirvió para la realización de un libro de viajes sobre México. Cincuenta y cuatro de ellas fueron escogidas para ser publicadas en inglés en la primera edición con el título de *Life in Mexico during a residence of two years in that country*, impresa en 1843 en Boston y con diferencia de meses también en Londres. Esta obra fue recomendada y prologada por el prestigiado historiador William H. Prescott, quien motivó a Frances a publicarla para el público anglosajón. Estas ediciones muestran una gran reserva sobre la identidad de la autora, quien se presentaba sólo con el nombre de M[ada]me C. de la B. Por haber sido esposa del ministro oficial de España en México, Frances debía guardar la “etiqueta diplomática” y mostrar recato ante la nación que los había recibido por dos años.<sup>6</sup>

La obra *Life in Mexico* surgió en un ambiente cultural interesado en la historia del mundo hispánico, tal como se manifestaba ya en trabajos de Prescott: la *Historia de los Reyes Católicos* (1837) y la *Historia de la Conquista de México*, obra que se publicaría, como *La vida en México*, en 1843.<sup>7</sup> De hecho, como comenta Felipe Teixidor, sería Fanny “quien le proporcionará [a Prescott] en abundancia los colores, y también las sombras, para pintar a los indios y los paisajes del trópico

---

<sup>4</sup> Es una obra anónima que fue presentada como una traducción al inglés por un “joven diplomático alemán” en la corte de Isabel II, María Bono López, *op. cit.*, p. 156 / Felipe Teixidor, “Prólogo”, en Madame Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, México, Porrúa, 2003, p. XIII.

<sup>5</sup> Felipe Teixidor, “Prólogo”, en Madame Calderón de la Barca, *La vida en México*, *op. cit.*, p. XXXIV-XXXV.

<sup>6</sup> María Bono López, *op. cit.*, p. 156. La explicación sobre la reserva de la identidad de su autora la dio Prescott. Cfr. Prefacio de Prescott en Madame Calderón de la Barca, *La vida en México*, *op. cit.*, p. LXIX.

<sup>7</sup> Las obras posteriores de Prescott fueron *Historia de la Conquista de Perú* y *Felipe II*.

---

y de la meseta”, además de servirle de enlace con los más distinguidos historiadores mexicanos (Lucas Alamán y José Fernando Ramírez), así como con sus investigaciones y documentos.<sup>8</sup> Prescott lo reconocería abiertamente en una carta enviada a Washington Irving el 31 de diciembre de 1838.<sup>9</sup>

Asimismo sabemos que el conocimiento de Frances sobre México se debía a las lecturas de obras varias, como las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, *The Rambler in Mexico* de Charles Joseph Latrobe, *Mexico in 1827* de Henry G. Ward y el *Ensayo político* de Humboldt, además se conocía y citaba las obras de Clavijero, Zavala, Mora, a más de hacer uso de revistas y calendarios durante su estancia en el país.<sup>10</sup> Además, revela una vasta cultura clásica y conocimiento de obras románticas como las de Schiller y Byron.

Pese a la buena aceptación entre el público anglosajón y sus numerosas ediciones en los siglos XIX y XX, la aparición completa en castellano de *Life in Mexico* se retrasó hasta 1920.<sup>11</sup> Es posible que este rechazo pueda atribuirse a la “escasa simpatía” que hacia su contenido profesaron personalidades como Luis Martínez de Castro, Manuel Payno e Ignacio M. Altamirano en la época de su primera publicación. Es de señalarse que los mismos mexicanos que fueron contemporáneos suyos y llegaron a conocerla (el conde de la Cortina, Carlos María de Bustamante, Lucas Alamán) no la mencionaron en sus textos o documentos, con la excepción de Justo Sierra O’Reilly (traductor de la obra de John Lloyd Stephens, *Viaje a Yucatán*, 1848-1850), quien la conoció en 1847 en la ciudad de Washington.<sup>12</sup>

Algunos comentarios acerbos sobre el libro de la autora los encontramos en Martínez de Castro, quien fuera el traductor de la carta IX de *La vida en México* para *El Liceo Mexicano* (1844, t. I, p. 308). Al citar el nombre de Madame Calderón de la Barca a propósito de las “Memorias de México” escritas por Isidore Löwenstern (*Le Mexique*, 1843),<sup>13</sup> dice Martínez de Castro:

existen otros [viajeros], y no son pocos, que a semejanza de los pintores de brocha, tan sólo saben pintar de blanco lo que es negro, y más frecuentemente lo contrario.

<sup>8</sup> Felipe Teixidor, “Prólogo”, en Madame Calderón de la Barca, *La vida en México*, p. XVII.

<sup>9</sup> Dice Prescott: “Buscando a mi alrededor [después de concluir la *Historia del reinado de Fernando e Isabel*] alguna otra cosa, me pareció el mejor tema la historia de Cortés y de Pizarro, desde su desenvolvimiento, fuera del periodo con el que estaba familiarizado, así como también por sus relaciones con nuestro país. Me encontré asimismo con que tenía peculiares facilidades para obtener los libros y manuscritos de Madrid que necesitase, debido a la gentileza del s[ñor] Calderón, a quien usted conoce”. William Prescott, *Historia de la Conquista de México*, México, Porrúa, 1976, p. 554.

<sup>10</sup> Éstos son los autores que Teixidor encuentra citados en el original. *La vida en México*, p. XXXIX.

<sup>11</sup> Marquesa Calderón de la Barca, *La vida en Méjico*, 2 v., traducción de Enrique Martínez de Sobral y prólogo del marqués de San Francisco, Manuel Romero de Terreros, México, Librería de la viuda de Ch. Bouret, 1920 (2a. edición, 1945). Anteriormente se habían editado algunas cartas en publicaciones como *El Siglo Diez y Nueve* o *El Liceo Mexicano*, además de intentos de ediciones incompletas en imprentas nacionales. Cfr. María Bono López, *op. cit.*, p. 158-159.

<sup>12</sup> Felipe Teixidor, “Prólogo”, *La vida en México*, p. IX.

<sup>13</sup> El artículo de Martínez de Castro tiene por título “Isidoro Löwenstern y sus memorias sobre México”, firmado bajo el seudónimo de “Mala Espina y Bien Pica” (*El Liceo Mexicano*, t. I, 1844, p. 18).

---

Nuevo linaje de correveidiles son éstos, que hacen profesión de traer y llevar nuevas, unas veces demasiado añejas y otras falsas [...]. Pero, volviendo al símil, a mí al menos me parecerá siempre una profanación el confundir a Madame Staël, o a Lady Montagu, con M[a]d[am]a. Calderón de la Barca.

Las mayores críticas en la carta que transcribió Martínez son las referencias de la marquesa al “bárbaro” espectáculo de las corridas de toros, a la “poca belleza” de las mujeres mexicanas de elite, al descomunal derroche de riqueza en brillantes y a “la singular” demostración de etiqueta y cortesías, todas ellas vistas como afrentas a costumbres antiquísimas de los mexicanos.

Felipe Teixidor menciona la indignación de Manuel Payno, debida supuestamente a la descripción hecha por Frances del ex presidente Guadalupe Victoria, cuyo trato sencillo y paciente “le acarrearón las sátiras de Madama Calderón, sin respeto a tantas virtudes, sin consideración a unas venerables canas, nacidas en medio de los combates y del fragor de la metralla”.<sup>14</sup> Sin embargo, la principal crítica de Madame Calderón al general Victoria se dirigió meramente a su simplicidad y corta cultura.<sup>15</sup>

Asimismo el francés Mathieu de Fossey, en su libro *Viaje a México* (que él mismo presenta como *Cartas desde México*), expresó una crítica de fondo sobre el contenido de las cartas de Fanny, ya que consideró que un viajero, para poder realizar la descripción del país donde iba a residir, debía cuestionar su propio conocimiento del carácter, las costumbres y los usos de los mexicanos, y prolongar al máximo posible su estancia en el país en cuestión.<sup>16</sup>

Tampoco concederé a la señora Calderón de la Barca los requisitos del buen crítico, aunque, es verdad, ha vivido más tiempo en este país que Mr. Michel Chevalier; pero no concurrieron en ella las condiciones para conocerlo todo y juzgar bien. Siempre que se ha fiado de las noticias que le daban los criados u otros extranjeros como ella, ha incurrido en exageraciones; y cuando le causaba admiración un orden de cosas, que no obstante se encuentra en la ley común, y no puede existir de otro modo, ha citado como dispartes ciertas circunstancias, a menudo indiferentes por sí, sacrificando así la síntesis al análisis, sin advertir que perdía de vista la filosofía del carácter nacional. En fin, ha juzgado al país por el momento presente, sin tener en cuenta lo pasado, tan cerca todavía, ni los adelantos que ha obtenido.<sup>17</sup>

<sup>14</sup> Manuel Payno, “Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843” (publicado originalmente en *El Museo Mexicano*, 1844, t. III), en *Obras completas. I: Crónicas de viaje*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, p. 122. Cfr. Felipe Teixidor, “Prólogo”, *La vida en México*, p. X. Allí mismo Payno critica a los viajeros que “se mueren de hambre” en los caminos de México desmintiendo las opiniones de “Loewenstern y Chevalier”. Véase Margarita Pierini, *Viajar para (des)conocer. Isidore Löwenstern en el México de 1838*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, 1990, apéndice 1, p. 151-152.

<sup>15</sup> Véase Madame Calderón de la Barca, *La vida en México*, cartas IV, p. 26-27, y XXXVII, p. 303.

<sup>16</sup> Prefacio de Mathieu de Fossey, *Viaje a México* (1a. edición en 1844), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, véase p. 23.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 24-25, cit. en María Bono López, *op. cit.*, p. 158, y en Felipe Teixidor, “Prólogo”, *La vida en México*, p. X-XI.

---

Posteriormente, Ignacio Manuel Altamirano dio dos referencias sobre “la Madame”, la primera en 1868 cuando escribió “Después [de Humboldt] casi todos los viajeros nos han calumniado, desde Löwenstern y la señora Calderón de la Barca hasta los escritores y escritoras de la corte de Maximiliano, que especulan con la curiosidad pública, vendiéndole sus sátiras menipeas contra nosotros”,<sup>18</sup> y la segunda, con menor destempe, a mayor edad: “Después de Humboldt hay mil viajeros y aun viajeras que han escrito acerca de México, unos apasionados o burlones como Löwenstern y Madama Calderón”.<sup>19</sup> Es posible que esta animadversión hacia la autora se deba a que escribía sobre la trama social y política de México y sobre los principales hombres de la república, viéndosele como una extranjera entrometida en cuestiones de “unidad nacional”. En comparación con la obra histórica de Prescott, *Life in Mexico*, tuvo una desfavorable recepción en México, pues favorecía muy poco el orgullo nacional.<sup>20</sup>

### *La época del viaje*

Durante los años precedentes a la visita de los Calderón de la Barca, México vivía una gran inestabilidad política “caracterizada por una sucesión interminable de presidentes moderados y liberales, y por las injerencias políticas de los vicepresidentes”.<sup>21</sup> Entre la revolución de Independencia (1810-1821) y la revolución federalista de julio de 1840 se pasó por el imperio de Iturbide, el establecimiento del sistema federal en 1824, la revolución de la Acordada de 1828 y la adopción del sistema centralista en 1836. En palabras de Frances: “En diecinueve años se han ensayado tres formas de gobierno y dos Constituciones [...] ‘No hay nada como probar’”.<sup>22</sup>

Aunado a esta circunstancia estaba el problema financiero de la hacienda pública, cuya falta de recursos la condenaba a la bancarrota y la dependencia de préstamos internos y externos, ahondando la crisis con la imposición de alcabalas y los crecientes gastos generados por el ejército. Las revueltas, asonadas y “pronunciamientos”, que impedían la pacificación del país y provocaban la división interna, se perpetuaban con los intentos separatistas de Texas y Yucatán, las rebeliones indígenas y el enfrentamiento con Francia durante la guerra de los Pasteles, conflicto causado por dicho país para exigir la apertura al libre comercio de sus manufacturas de bajo costo.<sup>23</sup>

---

<sup>18</sup> *Revistas literarias de México*, edición de La Iberia, t. II, 1868, p. 16, cit. en Teixidor, “Prólogo”, *La vida en México*, p. X.

<sup>19</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “Introducción” al *Viaje a Oriente* de Luis Malanco, 1883, t. I, p. XXIII-XXIV.

<sup>20</sup> Michael P. Costeloe, “Prescott’s *History of the Conquest* and Calderón de la Barca’s *Life in Mexico* Mexican reaction, 1843-1844”, *The Americas*, v. 47, n. 3 (January, 1991).

<sup>21</sup> María Bono López, *op. cit.*, p. 161.

<sup>22</sup> La cita se halla en *La vida en México*, carta, XXXVII, p. 307.

<sup>23</sup> María Bono López, *op. cit.*, p. 160-163.

---

Otra cuestión política no resuelta eran las consecuencias del reconocimiento del amplio y heterogéneo sector indígena de México como parte de la ciudadanía mexicana. La homogeneidad política de los diferentes sectores de la población, presupuesto del republicanismo, alteró la definición sociojurídica de los descendientes de los grupos “indios”. La declaración de igualdad entre todos los habitantes, junto con la abolición de fueros y tributos particulares, ocasionó el deterioro de las leyes tradicionales y las repúblicas de indios, lo que llevó a la pérdida de sus tierras en beneficio de los latifundistas y al incremento de la pobreza y la desorganización comunal.<sup>24</sup>

Por otra parte, las relaciones con la antigua metrópoli experimentaron cambios después del decreto de expulsión de los españoles en 1827. España reconsideró su postura de reconquista frente a la república mexicana el 19 de noviembre de 1837, fecha en que su gobierno se dispuso a reconocer la independencia de México con una revalidación de los tratados de paz y amistad.<sup>25</sup> Esta noticia se hizo pública en nuestro país el 4 de febrero de 1838, durante el segundo gobierno de Anastasio Bustamante, quien recibió las cartas credenciales de Ángel Calderón de la Barca como ministro plenipotenciario de España el 29 de diciembre de 1839.<sup>26</sup> El buen recibimiento de este diplomático por la sociedad mexicana se debía a la fama política de que ya gozaba

### *El ambiente literario del romanticismo*

En una obra publicada en Francia sobre las nuevas obras de literatura viajera hacia 1847, el editor Albert Montémont expuso lo que a su juicio era *viajar* en el siglo XIX:

Viajar es aprender a conocer, a comparar, a juzgar y a convertirse en alguien mejor; es relacionar la propia experiencia con la de los otros pueblos; es agrandar la esfera de las ideas y prepararse para el porvenir una multitud de goces inagotables; es penetrar cada vez más en las infinitas maravillas de la naturaleza y en los secretos aún más infinitos del corazón humano.<sup>27</sup>

Estas características del “viaje ideal” se reflejan en las cartas de Frances Calderón de la Barca, pues gracias al viaje se muestra capaz de transformarse y adquirir un aprendizaje a partir de lo recién “conocido”, abarcando no sólo la

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 167.

<sup>25</sup> A esto lo había precedido un discurso de la reina María Cristina ante las Cortes.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 165. Hay que decir que por entonces aún existían fervientes partidarios de la causa monárquica en México, quienes esperaban la superación de todos los problemas del país mediante el gobierno de un príncipe católico europeo, como lo estipulaba el Plan de Iguala. Una prueba de ello fue la publicación de un folleto por José María Gutiérrez de Estrada en octubre de 1839, lo cual le valió el exilio, cit. en *La vida en México*, carta XXVII, p. 235.

<sup>27</sup> Albert Montémont, *Voyages nouveaux... effectués ou publiés de 1837 à 1847...*, v. I, p. 10-11, cit. en Margarita Pierini, *Viajar para [des]conocer*, p. 37.

---

naturaleza sino también la sociedad. Fanny rectifica sus juicios iniciales y cambia de opinión sobre los gustos “exóticos” de los mexicanos. Por consiguiente, puede considerarse a *Life in Mexico* “una de las obras más comprensivas de la realidad del país” (aunque su autora no pudiera escapar a los prejuicios de su nacionalidad, su clase y su religión), presentando uno de los cuadros más completos y animados del México de su tiempo debido, en gran parte, a su curiosidad innata.<sup>28</sup>

Las impresiones del escritor individual (mostrando lo íntimo y lo visible del “nuevo mundo”, develado y recorrido así como sus experiencias y búsqueda de conocimiento) solían acabar reunidas en cartas o en una relación extensa que se publicaba en su país de origen, y esto es lo que se ha denominado *literatura viajera*. El relato de viajes se funda en los movimientos del entendimiento dinámico entre el “saber” y el “actuar” humanos; entre los lugares de la escritura, de la lectura y de lo relatado. Es pues un modelo de experiencia puesto en escena y apto para la apropiación de formas perceptivas de elementos culturales extraños.<sup>29</sup> Una cita de Alain Niderst nos explicará mejor las consecuencias del recuerdo en la escritura viajera:

El recuerdo metamorfosea lo real, o más bien presenta su verdad. Del viaje sólo quedan algunas horas de infinita profundidad [...]. Es decir, que toda la literatura es una “búsqueda del tiempo perdido”, que sólo lo recobra transfigurado [...]. El relato de viajes no es, pues, la descripción pintoresca de un Allá excitante y colorido; es simplemente un esfuerzo por suprimir el tiempo, y, como toda literatura, debe mentir primero para decir la verdad.<sup>30</sup>

En palabras de Margarita Pierini: “[a pesar de que el viaje en el siglo XIX] ya no es algo tan excepcional como en tiempos más remotos, el viaje sigue constituyendo un elemento creador, dinamizador [...]. Sus obras son, como la de los cronistas, un recuento de nuevos mundos, la expresión de un yo único que se enfrenta a lo desconocido, el desarrollo de un pensamiento a través del cual la realidad se decanta y se recrea”;<sup>31</sup> es un relato de exploración e invención.

En el caso del libro de viajes es el yo, el sujeto, el que observa, analiza y juzga, siendo su objeto exterior el ambiente descrito. En esta literatura se entremezcla la subjetividad y la objetividad, en donde el viajero es a la vez sujeto y actor del “Gran Teatro del mundo”, como diría Norman Dorion. Al ser viajero(a) su papel se transmuta en descubridor(a), creándose su propia figura narrativa con identificación de ciertos paradigmas políticos, sociales o ideológicos; incidiendo en la recreación de los hechos en el relato. El “viajero/a” no sólo es una persona dotada

---

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 44. Según Margarita Pierini, este libro (junto con las novelas costumbristas de Manuel Payno) constituye uno de los documentos literarios imprescindibles para conocer la situación social de la época.

<sup>29</sup> Ottmar Ette, *Literatura de viaje, de Humboldt a Baudrillard*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras/Servicio Alemán de Intercambio Académico, 2001, p. 13-15.

<sup>30</sup> Alain Niderst, “Les récits de voyage”, en *Récits, voyages et imaginaire. Actes de Montréal*, edición de Bernard Beugnot, París/Seattle/Tubinga, 1984, p. 52, cit. en Margarita Pierini, *op. cit.*, p. 118 [traducción suya].

<sup>31</sup> Margarita Pierini, *op. cit.*, p. 107.

---

de observación y de la cualidad de escribir sino que es partícipe de la creación de un “hecho vivido” en la escritura.<sup>32</sup>

Un libro de viajes es, esencialmente, un libro descriptivo: se trata de fijar en la imaginación y en la memoria del lector una serie de elementos que hasta entonces le son ajenos. Para ello se recurre a la descripción, a la acumulación de rasgos caracterizadores que a través de la semejanza o de la oposición van conformando una imagen captable y asimilable por el lector. Así, en los libros de viajes se repiten las descripciones de paisajes, ciudades, edificios, fisonomía y vestimenta de los habitantes de los diversos grupos sociales, cultivos, minas, etcétera.<sup>33</sup>

Los escritos de viajeros de la década de 1830 a 1840 englobaban dos tipos de elemento, el utilitario y el autobiográfico, surgidos de las corrientes de la Ilustración y del romanticismo, tan vigentes en Europa como en Estados Unidos. El romanticismo influía sobre el elemento autobiográfico al situar al yo subjetivo en el centro de la concepción del mundo sensible, pues sólo a través del yo se podía contemplar el mundo: “La misma naturaleza se metamorfosea de acuerdo con los ojos y el corazón de quien la contempla: palpita con ellos, se transforma siguiendo los sentimientos”.<sup>34</sup> El aspecto utilitario-descriptivo estaba influido por el pensamiento racional y capitalista, que en esta época hacía de la expansión mundial uno de sus temas centrales.

La búsqueda del pasado en la percepción romántica se remontaba hasta sus orígenes más antiguos, lo que llevaría a los escritores extranjeros y nacionales a una búsqueda de las raíces culturales e históricas de los pueblos convertidos en naciones. Esta irrupción del romanticismo iba en búsqueda de una identidad nacional, para lo cual se debía hacer una indagación sobre el pasado, lo que en el caso de México implicaba el conocimiento del mundo indígena. La construcción de un significado histórico, a inicios del siglo XIX, suponía una nueva visión del desarrollo humano, de las diferencias socioculturales entre los pueblos y de la construcción de una identidad fundamentada en la representación y la narración de un “sí mismos” como nación.

La creación del espacio vivido en los relatos viajeros se convirtió por esa época en la narración histórica de las naciones del mundo que habían alcanzado un estatuto autónomo que reivindicaba su derecho de existir. El liberalismo, el capitalismo y el romanticismo harían su parte en toda esta comprensión al “describir” los nuevos espacios “abiertos” para ser ocupados.<sup>35</sup> Sin embargo, la di-

<sup>32</sup> *Ibidem*, cap. 5, p. 109-117.

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 119.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 58. Incluso puede decirse, siguiendo las palabras de la autora, que hay elementos de analogía entre el romanticismo de Fanny y el estilo propuesto de Rousseau, pues en ambos “Aparte de la excesiva sinceridad de algunos pasajes que atacaban o comprometían a figuras conocidas, el mismo hecho de desnudar, como el autor lo hacía, la propia existencia, se consideraba inmoral y pernicioso para la sociedad”.

<sup>35</sup> Véase la obra de Mary Louise Pratt, *Imperial eyes: travel writing and transculturation*, Londres/Nueva York, Routledge, 1992.

---

mención que siempre se encontraba atendida en esta literatura viajera era la social, pues todo viajero se movía en los diferentes grupos y capas sociales del país al que llegaba y tenía la ventaja de una gran libertad de acción y crítica, que no poseían los habitantes de esa tierra y esa cultura. Esto le permitía observar y dar cuenta de aspectos de una temática amplia en vistas a contrastar, criticar y alabar lo que juzgara pertinente.<sup>36</sup>

Como escritora de cartas de viaje, Frances no pudo dejar de tratar determinados temas en tanto que referentes obligados del género en esta época, como lo son *la naturaleza*, la exaltación de la belleza de ésta y de la posibilidad de su explotación en vistas a beneficios materiales; saber de *la población*, analizada de acuerdo con los parámetros de “raza y moral” de su tiempo; el desarrollo de *la civilización*, esto es, la descripción de la cultura, la ciencia y la tecnología que posee la nación, de los tiempos pasados y actuales; el conocimiento de *la historia nacional*, expresada como la descripción del pasado antiguo que se conecta con los sucesos actuales, y por último *las costumbres*, otorgando una gran importancia a la narración de hábitos y tradiciones de un determinado grupo social, o grupos sociales, frente a los cuales la viajera ejerce las funciones de una observadora pero también de un censor. En este escrito nos interesa saber más sobre su opinión romántica de la nación mexicana, de lo cual nos vamos a ocupar ahora.

### *La visión romántica de La vida en México*

El término *pintoresco* es muy recurrente en las cartas de la marquesa, influenciada por el estilo romántico que estaba en boga en sus días y que mostraba asombro por “el imponente paisaje”, de lo cual resulta una percepción estética y nítida del ambiente. Fanny comenta que “hay una circunstancia que debe de tener en cuenta todo el que viaja por el territorio mexicano. Cuanto ser humano, cuantas cosas se ven al pasar, son, por sí solos, si no un cuadro, cuando menos un excelente pretexto para el lápiz”,<sup>37</sup> reclamando así el involucramiento del arte de la pluma y el pincel. Asimismo, tiene la costumbre de insertar fragmentos poéticos dentro de su narración de viaje, dando así expresión al sentimentalismo.<sup>38</sup>

Su primer encuentro con el entorno mexicano lo describe muy desfavorablemente, pues Veracruz, con sus costas arenosas, se presenta a sus ojos “en toda su fealdad”, siendo también el aspecto de sus edificios “de lo más melancólico, *délabré* y desconsolador que puede uno imaginarse”.<sup>39</sup> Sin embargo, con el correr del tiempo y sus travesías al interior del país se da cuenta de la enorme variedad de ambientes marcados por el clima y el paisaje:

---

<sup>36</sup> Ottmar Ette, *op. cit.*, p. 21 y 22.

<sup>37</sup> Las citas son del libro de Madame Calderón de la Barca, *La vida en México*, Porrúa, p. 32.

<sup>38</sup> Véanse cartas XII y XVI, p. 101 y 139, respectivamente.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 23.

---

El espectáculo era pintoresco y sorprendente a la vez: las chozas de bambú, techadas de palma; las indias, con su negro y largo cabello, paradas en las puertas con sus niños semidesnudos; las mulas revolcándose en la tierra, siguiendo su costumbre favorita; cabras blancas como la nieve, ramoneando entre las palmeras; el aire suave y perfumado, el primer soplo fresco de la mañana; las gotas de rocío brillando aún sobre las anchas hojas del plátano y de la palmera, y todo cuanto nos rodeaba, tan silencioso, tan fresco y apacible.<sup>40</sup>

El encanto por los escenarios mexicanos se daría pronto, primero por la fisonomía de Jalapa, “tan vieja y gris, cubierta de rosas, en donde de cada una de las abiertas puertas y ventanas, se dejan oír las notas de una melodía; con su suave y agradable temperatura, ofrece, aun cuando fuere por breves horas, una abundancia de impresiones que no podrán borrarse fácilmente”.<sup>41</sup> Recalca el cambio del entorno y de la vegetación al pasar de la zona caliente a los bosques de montaña y al “malpaís” con su aspecto “lúgubre”, producto de su fisonomía volcánica y rocosa: “La escena era demasiado grandiosa y salvaje, y, a la vez triste y monótona”, dice, siendo siempre romántica su sensibilidad.

Su emoción se desborda cuando está tan cerca de la meta de su viaje: la ciudad de México. Sin embargo, la realidad se revela decepcionante frente a sus ensoñaciones, ya que el área de las antiguas *lagunas* está ahora ocupada por un campo llano y árido de “desoladas tierras pantanosas”. No obstante, tiene una buena impresión de la capital de México: de su Alameda (por sus árboles, flores y fuentes), de calles como la de San Francisco (“la calle más hermosa de México”), de la catedral (¡en la que ve un bonito edificio construido con mal gusto!) y del Palacio del Arzobispado (¡edificio grande y hermoso!).<sup>42</sup> En cuanto al castillo de Chapultepec, la autora da un melancólico trazo que inclusive pudiera considerarse parte de la realidad actual, pues ¡después de los siglos el sentir queda!<sup>43</sup>

Describe además, desde la terraza del mismo castillo, una gozosa imagen de la perspectiva del valle, cuya “grandeza es imposible de imaginar” y ante el cual sucumbe varias veces Madame Calderón (que le hace remontarse en su imaginación hasta la época de la conquista de Cortés):

Toda la extensión del valle de México se desenvuelve como un mapa; la ciudad misma, con sus innumerables iglesias y conventos; los dos grandes acueductos que cortan la llanura, y los álamos, y los chopos de las calzadas que conducen a la ciudad, circundada por pueblos, lagos y planicies. [...] y este cielo de turquesa, siempre ri-

<sup>40</sup> *Ibidem*, carta V, p. 29.

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 34, 38-39.

<sup>42</sup> Howard y Marion Fisher, *Life in Mexico. The letters of Fanny Calderón de la Barca*, p. 106, y Madame Calderón de la Barca, *La vida en México*, carta VII y X, p. 53-55 y 84, respectivamente.

<sup>43</sup> Así describe Fanny Chapultepec: “está a una corta legua de México, y que encierra él solo más recuerdos que todos los demás sitios que por sus tradiciones pueda México vanagloriarse. Si estos blanquecinos cipreses pudieran hablar, qué de historias no nos contarían; ellos, que han estado de pie, con sus barbas largas y grises, extendiendo sus venerables brazos, centuria a centuria”. Madame Calderón de la Barca, *La vida en México*, carta VIII, p. 60.

---

sueño, da a este paisaje, que contemplamos desde la altura, una belleza quizás sin paralelo.<sup>44</sup>

Aunque es más de su gusto observar la “ciudad de los palacios” a la luz de la luna, una imagen de la que sólo la poesía podía dar “una pálida idea de una escena tan bella”:

Aunque para gozar de una verdadera vista de noche tendréis que subir a la azotea, y contemplar a México dormido a vuestros pies; todo el valle y la ciudad misma flotando en el plenilunio; la altísima bóveda azul engastada de estrellas y mientras las montañas se bañan en plata, los blancos volcanes parecen unir cielo y tierra.<sup>45</sup>

Otra imagen romántica que parece escrita para una novela inglesa es la descripción del viejo convento de San Fernando de la capital, al que considera, otra vez, pintoresco, pues “cuando se asoma la luna o se pone el sol, ofrece una visión de los tiempos clásicos”:

A esta hora, en que me encuentro sola en el jardín de altas paredes, cuando el convento suelta sus esquilas, y los ventanales góticos [sic] con rejas de hierro, y el verde gris de los olivos, tan irreales en su quietud, se iluminan por los rayos postreros del sol, todo se me aparece como en una alucinación, a modo de un dibujo casi borrado en la memoria, o de un recuerdo romanesco. Después se oculta el sol con un rojo de furor detrás de las montañas coronadas de nieve, cubriéndose sus majestuosas faldas de un rosa encendido, en tanto que se extienden las grandes y negras nubes como alas de la noche; y es cuando ha llegado la hora de recordar que éste es México, y que si sobre él han caído todos los males [políticos], la memoria de su romántico pasado aún persiste.<sup>46</sup>

Comenta que los alrededores de México, monótonos llanos con poca vegetación y tierra mal cultivada, preservan una imagen romántica por sus haciendas abandonadas e iglesias en ruinas, así como por su magnífico clima y un cielo siempre despejado. No obstante, Fanny comparte la opinión europea generalizada de que “cuanto es necesario al hombre puede producirse con poco trabajo” en este país. Todo concurre “a situar este paisaje entre aquéllos por donde es imposible pasar con indiferencia”.<sup>47</sup>

Más allá del valle de México, en las llanuras cercanas del lago de Texcoco, describe el sitio plásticamente al mencionar “sus aguas que brillan como un lienzo de plata fundida”, lo cual queda sin embargo atrás al dirigir su atención al paisaje

---

<sup>44</sup> *Ibidem*, carta VIII, p. 62. Sobre sus ensoñaciones históricas con el pasado de la antigua Tenochtitlan dice: “y mientras la vista se esforzaba en la contemplación del fondo del valle todo se me fue apareciendo más bien como una visión del pasado que como una revelación del presente, actual y palpitante”. *Ibidem*, carta VI, p. 44.

<sup>45</sup> *Ibidem*, carta X, p. 82.

<sup>46</sup> *Ibidem*, p. 80.

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 83. A lo largo de sus cartas no deja de admirar las diferentes vistas del valle de México hasta su salida en el día de año nuevo de 1842. Véase su última descripción: *ibidem*, carta LII, p. 456.

---

general, “que tiene un aire de melancolía, inmensidad y desolación” a falta de vegetación y humanidad. Otro sitio pintoresco es el camino a las pirámides de Teotihuacan, donde refiere cómo la vista de estas construcciones excita la curiosidad de todos los viajeros que han sucedido a Humboldt, como Henry George Ward y William Bullock. Los llanos de Apan son “una región agreste y solitaria, con colinas detrás y rocas enfrente y rodeados por grandes llanuras sin labor y campos de pastura”, que tienen apariencia de *grandeza salvaje*: “Es difícil imaginarse cómo se puede vivir en una soledad tan absoluta”.<sup>48</sup> Nunca encontraría parajes “más románticos” que en los caminos a Morelia, “entre nobilísimos bosques”, cuyos fresnos y pinos cubren las más altas cimas. Es aquí donde plasma con sensibilidad el agudo contraste entre el campo despoblado (escena salvaje) y la aparición de una gran ciudad (escena de civilización): “Produce un efecto extraño, después de viajar durante varios días por estos contornos tan agrestes, en los que no se ve sino alguna que otra hacienda solitaria o la choza de un indio, entrar a una hermosa ciudad” entre la pureza de su atmósfera y la excesiva belleza de su cielo, únicos de México.<sup>49</sup>

Los paseos *a campo traviesa* los define agradablemente como “una suerte de jornadas en sí, tan sin trabas y divertidas, que con todas sus fatigas e inconvenientes, las encontramos deliciosas, cien veces preferibles aun a viajar en el más cómodo de los carruajes londinenses”,<sup>50</sup> concediendo la victoria a la aventura romántica por sobre las comodidades modernas europeas. Esta predilección por los parajes ruinosos, como el del viejo convento carmelita en Cuajimalpa, se debe a lo romántico de encontrar un sitio antiguo en la solitaria belleza natural.

Como se observa, hay una concepción bucólica en el entramado de la narración de las cartas finales, donde la autora expresa su opinión de que la belleza sólo le pertenece a la naturaleza, pues lo humano es sólo un carácter accesorio del paisaje. Esto es debido a que los escenarios con que ella topa en las sierras y montes mexicanos (de “¡un despilfarro de belleza!”) forman cuadros donde no se observa ni choza, ni ser viviente, ni rastro alguno de labor humana. Expresa la idea de que la belleza de las salvajes, boscosas y volcánicas regiones (a veces “horrible”) está distanciada de la tranquilidad y la armonía humanas. Ejemplo es el Popocatepetl como imagen de la materialización de lo etéreo en la tierra, con gran magnificencia y luminosidad, y afirma con contundencia que “no es posible contemplar y vivir al mismo tiempo”.<sup>51</sup>

El concepto de la “ciudad pintoresca” lo componía con la conjunción de características sociales peculiares de la población mexicana como en este cuadro: “Las calles llenas de gente, [...] y en un cielo transparente, el sol dejaba caer sus rayos sobre un conjunto de vivos colores; y los pintorescos grupos de soldados, frailes, campesinos y señoras de velo; la falta absoluta de proporción en los edifi-

---

<sup>48</sup> *Ibidem*, carta XVI, p. 132-136 y 140.

<sup>49</sup> *Ibidem*, carta XLIX, p. 417.

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 421.

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 424-426, sobre el Popocatepetl véase carta XXXIV, p. 288.

---

cios, el primor de tantas iglesias y viejos conventos; y ese aire de grandeza que reina por todas partes, aun en donde el tiempo puso su mano o dejó en ruinas el talón de hierro de la revolución, todo contribuye a mantener la atención alerta y excitar el interés”.<sup>52</sup>

Su opinión sobre la participación política de la sociedad mexicana es negativa, pues le pasma la pasividad que muestra el “pueblo soberano” durante los “pronunciamientos”, esperando las resoluciones de los jefes militares como si éstas fueran “juicios divinos”.<sup>53</sup> Simplemente la necesaria continuidad de la vida cotidiana superaba la inacción política, manifestándose apatía por parte de todos los grupos productivos, incluso entre los hombres más distinguidos,<sup>54</sup> lo cual contrasta con las pasiones desatadas por los juegos de azar y otras diversiones populares que eran practicadas en la fiesta de San Agustín de las Cuevas (Tlalpan). Asimismo, no deja de reconocer la relación entre la riqueza de los propietarios y la pobreza general. Sin embargo, su visión de clase le hace decir que encuentra la prosperidad de México en el bienestar de las primeras familias de la nación, cuyas virtudes bastarán para salvarlo de la ruina, lo que demuestra su pobre análisis de la complejidad social y económica del problema. No obstante, este juicio fue compartido por escritores contemporáneos, tanto extranjeros como mexicanos. En otro pasaje del libro menciona que “sólo se requiere un gobierno estable para hacer de este país uno de los primeros del mundo”.<sup>55</sup>

Al hablar sobre diversos episodios históricos de la historia mexicana exclama, con justa razón, su admiración por ella, pues “México es tan rico en tradiciones, que si me refero a [una] en particular, es sólo porque estamos viviendo en el mismo sitio en donde ocurrió el hecho”, expresando la gran carga histórico-espacial de la ciudad de México, tanto de su pasado antiguo como del virreinal y republicano.<sup>56</sup> Asimismo reconoce en el culto un aspecto valioso para la debida valoración de los mexicanos, pues afirma que México “debe mucho de su peculiar belleza al sentimiento religioso y a la superstición de sus habitantes”.<sup>57</sup> Por otra parte afirma que todas las obras españolas, así “como la mayor parte de sus grandes ideas”, originadas por los conquistadores, se encontraban en total desolación y esto se explica porque en el pasado ellos “parecían construir para la eternidad, dejando en sus obras la huella de su carácter duro, grave y religioso”.<sup>58</sup> La grandeza en México se debía no sólo a la monumentalidad de las construcciones sino a la hospitalidad del pueblo mexicano, siendo una auténtica riqueza y gusto el trato social.

Advierte la diferencia de visión de mundo y de contraste cultural entre la forma de pensamiento en los Estados Unidos, donde “Todo publica bienestar,

---

<sup>52</sup> *Ibidem*, carta VII, p. 53.

<sup>53</sup> *Ibidem*, carta XXIV, p. 215, también cartas XLIII y XLIV, p. 357 y 361, respectivamente.

<sup>54</sup> *Ibidem*, carta XXXVII, p. 306, y carta XXI, p. 177-180.

<sup>55</sup> *Ibidem*, carta XLVI, p. 385. Opina que Santa Anna puede alcanzarlo, pero no sabe de qué manera.

<sup>56</sup> *Ibidem*, carta XI, p. 90.

<sup>57</sup> *Ibidem*, carta XXXVIII, p. 312.

<sup>58</sup> *Ibidem*, carta XXVI, p. 229, y carta L, p. 441.

---

igualdad y consistencia; olvido del pasado, [pues] sólo existe el presente y el futuro se entrega a su propia suerte. Nadie le presta atención a la posteridad, que nunca puede pagar sus deudas”, y la que hay en México, pues aquí “Es el presente el que parece un sueño y un desvanecido reflejo del pasado. Todo está en decadencia y todo se va esfumando, y tal parece que los hombres confían en un futuro ignoto que quizás nunca verán”.<sup>59</sup> En sus últimas misivas, la autora percibe una visión de futuro materialista y vertiginoso que abarcará el orbe (propio de la era moderna) que se inicia en su mismo presente, a mediados del siglo XIX.<sup>60</sup>

### *Su aprendizaje de viaje*

Después de dos años de vivir y transcurrir entre tierras mexicanas, Frances Erskine Calderón de la Barca se había acostumbrado a observar y sensibilizarse ante las imágenes y los ambientes que un día le parecieron sobrecargados, caóticos y llenos de tintes sin comparación. Ya no considera, por ejemplo, excesivo el lujo del interior de los templos mexicanos, sino que los ve decorados con “buen gusto”, pues ya no le parecen “ni recargados ni de oropel”. Ahora reconoce también las grandes obras de los españoles en sus antiguas colonias, elogiando así el pasado y la herencia hispánica, y dice “convencerse de la nostalgia por los tiempos idos”.<sup>61</sup>

Ya al año de residencia en México se advierte una conversión del aspecto curioso que hallaba en sus primeras cartas hacia lo *pintoresco*:

¡Y con qué diferente aspecto vemos ahora todas las cosas después de un año! Hoy nos rodean paisajes y acentos familiares, y sobre todo caras amigas. Pero aun cuando haya podido desaparecer la novedad con todos sus encantos y sus *desagrèments*, nada existe en México que parezca vulgar. Todo alcanza grandes proporciones y todo tiene un aire pintoresco [...]<sup>62</sup>

y todo ofrecía así un encanto romántico. En síntesis: durante sus andanzas por México Fanny nunca deja de manifestar una buena opinión del país porque, además de no renunciar a divertirse, siempre atiende a la *grandeza moral* de lo

<sup>59</sup> *Ibidem*, carta XXXVIII, p. 312-313. Incluso se llega a levantar la profecía de una incorporación al poder yanqui al escribir: “Que estén alertas, no sea que al cabo de medio siglo despierten del error y se encuentren que la catedral se ha transformado en sala de juntas, toda pintada de blanco; que las rejas han sido fundidas; que la plata se ha convertido en dólares; que las joyas de la Virgen se vendieron al mejor postor; que el piso ha sido lavado, y que todo está rodeado por una nueva y preciosa cerca, recién pintada de verde, y todo ello realizado por algunos artistas de la ‘despierta’ y *lejana* República del Norte”.

<sup>60</sup> Al hablar del arte plumario, dice “el arte casi se ha perdido del todo, y, además ya no pertenece a una época como la nuestra, tan materialista. Nuestros antepasados disponían de más tiempo, y es posible que nuestros descendientes digan lo mismo respecto de nosotros, pero aunque así no fuere, ellos serán capaces quizá, y debido a la fuerza de las circunstancias, de ‘Dar la vuelta al mundo en cuarenta minutos’”, prefigurando así la imagen del mundo comercial contemporáneo unido a través de las nuevas comunicaciones, que daba la espalda a la historia. *Ibidem*, carta L, p. 435.

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 439 y 441.

<sup>62</sup> *Ibidem*, carta XXX, p. 255.

---

que la rodea: “hay mucho que ver, y la gente es muy amable y amistosa en su trato”, al grado que “cualquiera que sea el tiempo en que tengamos que partir, estoy convencida de que tendremos el sentimiento de hacerlo sin conocer aún muchos lugares dignos de interés”.

Sin embargo, no ocurre así con el encanto que el medio ambiente ejerció durante más de año y medio en la mente de la escocesa. Antes de abandonar México, al pasar por Jalapa, y regresar por el mismo camino que dos años atrás recorrieron por primera vez, “las casas parecen más hermosas que antes y menos bella la naturaleza”. Su explicación sobre ello es que ya no hay “motivo de asombro y de admiración” en un lugar en donde la vegetación nunca pierde su verdor. No obstante, al final de su viaje comenta, “a pesar de la costumbre que todo lo nivela, un paisaje semejante nunca puede verse con indiferencia”. Así, si ya no hay *novedad* alguna en las cosas que descubre, sí hay, sin embargo, una muestra de *sorpresa*.<sup>63</sup> Su visión estética de México quedaría expresada al comentar que en cada paisaje natural era posible encontrar un rasgo de belleza y un encanto dignos de ser representados por cualquier tipo de arte.

Encontramos así un proceso de inversión en sus concepciones de belleza: el encanto ya no radicaba tanto en la exuberancia de la vegetación sino en la apacibilidad del *trato social* del pueblo de que fue objeto como viajera. De esta forma, el primer aspecto de atracción que era la perspectiva del paisaje es reemplazado por la sensibilidad social que las vivencias del pueblo mexicano provocaron en el carácter un tanto frío y superficial de la extranjera. Al final lo que más le duele es separarse de la agradable hospitalidad y del verdadero afecto de las personalidades a las que trató y con quien compartió en un buen número de ocasiones sociales en México.

De igual modo muestra un desencanto por las costumbres que le habían llamado tanto la atención al comienzo de su estancia: “Después, la indumentaria misma, que al principio parecía tan romántica, la alta silla al estilo moro, la manga bordada de oro, el sombrero ancho que ensombrece más el acobrado rostro del hombre, el llamativo refajo y los colores del rebozo, y el largo cabello negro de las mujeres, aunque todavía pintorescos, ya no tienen el encanto de la novedad, y ya no llaman, por lo tanto, nuestra atención”. Al final de su obra termina con una frase que sintetiza todo lo antes dicho: “La primera impresión puede ser de importancia si sólo se la toma como tal; mas si se le concede el valor de una opinión definitiva, ¡en cuántos errores se puede incurrir!”<sup>64</sup> Fanny reconoce de esta manera el verdadero valor del viaje, que es aceptar que las impresiones de un pueblo o cultura ajenas deben ser bien analizadas y no precipitadas en opiniones sin fundamentos.

Sin embargo, la cualidad romántica de sorpresa que nunca se pierde en su obra *Life in Mexico* se relaciona con su percepción histórica, la cual, al igual que su interés estético en los paisajes naturales, fomentaría la imagen de un pueblo único y singular en el mundo. La percepción histórica de Frances se puede

---

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 457.

<sup>64</sup> *Ibidem*, p. 457 y 460.

---

entender como una continua búsqueda del pasado en el presente, en donde el recordatorio de un pasado hispano grandioso o de la herencia enigmática indígena se hallan en todo sitio donde exista población mexicana. En todo lugar visitado por Fanny hay una referencia a nuestro pasado, ya sea un monumento, una ruina, una iglesia o la calle misma, que resguarda un contenido histórico tangible debido a que este espacio ha sido el escenario de un hecho pretérito de importancia en la historia del país —como lo fue el pasado mexicano, la conquista o la lucha por la independencia—, aunque en la imaginación de la viajera escocesa representa más bien una figuración romántica de un pasado legendario. El pasado enigmático de México queda fincado de esta manera en la conciencia de los extranjeros, particularmente de los anglosajones desde 1843.

La historia de México en cuestión se funda esencialmente en los rasgos propios que por entonces conforman la idea de nación: el pasado y las costumbres. Estas últimas y el llamado “carácter nacional” son las características singulares que Fanny señala y por las que se interesa a lo largo de *Life in Mexico*. Es de resaltar que la búsqueda de lo típico o de los rasgos mexicanos por los propios mexicanos decimonónicos se origina incidentalmente en las vastas descripciones, llenas de curiosidad, dejadas por viajeros extranjeros como Frances, quienes vienen a México tras su independencia. Fanny, cuya llegada se debe y coincide con el reconocimiento político de la antigua metrópoli, se encuentra con una realidad única que merece ser contada a otras latitudes y que una vez leída por los mexicanos incita a éstos a una revaloración de las costumbres nacionales, ya sea para contrariar o reiterar lo que decía la viajera. Se trata de intelectuales que, contagiados en su mayoría por el amor propio de la nacionalidad, niegan los defectos sociales descritos por los viajeros y alaban en contrapartida las virtudes mexicanas reconocidas por éstos.

### *Críticas a la marquesa desde México*

Se vio ya cómo varios de los escritores mexicanos de la época respondieron agríamente a los comentarios y observaciones que Calderón de la Barca plasmó en sus cartas. El primero en mostrarse injusto con ella fue Martínez de Castro, quien resintió las críticas dirigidas a nuestra cultura social mexicana. Sin embargo, hemos de aclarar que él no pudo tener acceso a la obra completa de Frances, o por lo menos no pudo traducirla del todo, ya que a lo largo de las cartas de la viajera también encontramos el reconocimiento a una serie de virtudes no sólo de los criollos sino principalmente de los hombres y las mujeres del pueblo, y entre éstos especialmente los indígenas, a lo que no se hace mención en las críticas de Martínez de Castro.

Por su parte Manuel Payno, apremiado por la necesidad de recorrer su propio país para averiguar la veracidad de los hechos descritos por viajeros extranjeros,<sup>65</sup>

---

<sup>65</sup> Su texto *Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843* fue resultado de un encargo puramente editorial de Ignacio Cumplido para el diario *El Siglo Diez y Nueve*, lo que a su vez contribuyó al despegue de la carrera literaria de Payno

---

promovió una crítica nacionalista a la mirada extranjera que menospreciaba los aspectos culturales de México. Estos últimos, debido a las arraigadas costumbres del país, eran considerados por él como intachables o no susceptibles de crítica alguna. La necesidad mexicana de describir paisajes y costumbres, tipos populares y hechos cotidianos se explica por el contraste entre las perspectivas que sobre la misma época albergaron los viandantes foráneos y los nacionales del siglo XIX. Aunque, a decir verdad, hay que reconocer que las observaciones mexicanas coincidieron en muchos aspectos con las de los irreverentes viajeros, pues compartían al fin y al cabo un horizonte cultural proveniente de Europa, con ideas e intereses de clase semejantes.

Por último, mencionemos al francés Mathieu de Fossey, quien más que un viajero fue un inmigrante radicado durante varios años en México. Él expresó el juicio más acertado entre los escritores que criticaron a Frances Calderón de la Barca; sin embargo, cabe aclarar que a él también le faltó una visión completa de *Life in Mexico*. Por una parte tuvo razón al comentar que la marquesa se inclinaba mucho por el análisis y no se mostraba capaz de abreviar sus observaciones, de ahí que “sacrifica la síntesis al análisis”. Sin embargo, debemos advertir que en la obra de la marquesa se hallan atinadas críticas y brillantes juicios que no interrumpen la trama narrativa de las características sociales del pueblo mexicano, justo lo que Fossey entendía como la “filosofía del carácter nacional”. La obra *Life in Mexico* proporciona una buena imagen de la cultura mexicana y es precursora en la conformación de estereotipos de lo mexicano en el siglo XIX. La autora valora ante todo los hechos pasados que se reflejan en la cultura mexicana, pues ve que el Pasado vive en nuestro Presente.

Finalmente, un gran acierto de Fanny Calderón de la Barca (que desmiente la falta de capacidad atribuida por Fossey) es reconocer la utilidad de que el viajero proceda a “revisar sus juicios en diversos periodos, a fin de corregirlos”, pues como ella misma comenta: “La primera impresión puede ser de importancia si sólo se la toma como tal; mas si se le concede el valor de opinión definitiva, en cuántos errores se puede incurrir”. Este último juicio, aunque sea sucinto y al parecer breve, permite contradecir los juicios lapidarios de Martínez de Castro, Altamirano y Fossey, pues señala la posibilidad de que un viajero realice un examen autocrítico de su escrito de viaje. En esto hay una diferencia singular entre ella y otros viajeros que vinieron a México a escribir sobre la cultura, historia y política de una nación tan pintoresca como única, así como con los que vieron en México una amalgama de vicios, un país falto de desarrollo social y cultural, como Joel Roberts Poinsett, Isidore Löwenstern y Michel Chevalier.

Por lo hasta aquí escrito a nadie puede sorprender que hacia la cuarta década de vida independiente escritores mexicanos como Luis de la Rosa, Manuel Payno,

---

en otros periódicos de la época. Esta obra fue escrita a manera de cartas (al igual que *Life in Mexico*) enviadas por Payno a su amigo Fidel (Guillermo Prieto). Cfr. Manuel Payno, *Obras completas. I: Crónicas de viaje*, prólogo de Blanca Estela Treviño, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, p. 20, texto p. 46-148.

---

Martínez de Castro y Guillermo Prieto experimentarían la necesidad generacional de conducir el desarrollo y el destino de una literatura nacional capaz de aportar a la consolidación del Estado-nación, de suerte que la independencia de éste no debía quedar en lo meramente político sino también abarcar lo cultural. La literatura nacional originada a mediados de la década 1840-1850 fue el germen para la consolidación de la literatura costumbrista del último cuarto de siglo XIX, cuyos máximos exponentes vinieron a ser Ignacio Manuel Altamirano y Manuel Payno. Esta búsqueda de la identidad surgió originalmente de un encuentro con las visiones extranjeras de nuestra cultura y de la consecuente crítica a las mismas.

### *Conclusiones*

Por ser mujer y viajera, Frances Calderón de la Barca describe todo lo que ve, lo que oye y lo que puede aprender “con una sensibilidad muy distinta y también diferente intencionalidad” (María Bono). En sus recorridos muestra mayor interés por los detalles que por lo que pueda arrojar un estudio profundo de los ambientes sociales que conoce. Se sabe que sus observaciones sobre la conducta social de los extranjeros en México, al ser consideradas verídicas en Estados Unidos, fueron utilizadas como guía por los oficiales del ejército estadounidense durante la ocupación de la capital mexicana durante la guerra de 1847.<sup>66</sup> *Life in Mexico* tiene además una gran trascendencia en nuestra propia cultura literaria mexicana en tanto que referente histórico innegable. Su obra puede ser catalogada como “costumbrista” y también superficial, pero considero que más bien es una narración integradora de dos vertientes de literatura de su época: la descripción social de los hechos políticos y las costumbres, todo lo cual relata a lo largo de sus cartas, y su tipo personal de escritura, marcada por el romanticismo decimonónico que la impele a asociar el hecho vivido con el acontecer histórico, en lo que se expresa una necesidad de comprensión de “otra realidad, ajena, distinta y exótica”: la comprensión de la cultura mexicana.

Su visión histórica también está saturada por un sentimiento de asombro y la posterior comprensión de una realidad que la conquista. De esta forma, el aprendizaje de viaje mencionado por Albert Montémont en su cita ya transcrita —“viajar es aprender a conocer, a comparar, a juzgar y a convertirse en alguien mejor”— se cumple fehacientemente en Frances Calderón de la Barca. Ella logra reconocer el carácter de la sociedad mexicana y sus diversas costumbres, así como interesarse en la historia de una nación ajena y describir con gusto romántico el ambiente del país, albergando opiniones cada vez más claras sobre el México decimonónico. De esta manera, una estancia de carácter diplomático permitió a una mujer romántica del siglo XIX entrelazar su propia existencia con la del México que conoció. □

---

<sup>66</sup> María Bono López, *op. cit.*, p. 193.